

LAS UNIVERSIDADES CONFIADAS A LA COMPAÑÍA DE JESÚS ANTE EL RETO DE LA RESPONSABILIDAD Y DE LA ESPERANZA

■ Javier Prado Galán* ■

De un tiempo a esta parte vengo sosteniendo que la situación de este país requiere hacer una opción por el pensamiento de Hans Jonas sobre el de Ernst Bloch, lo que no quiere decir abandonar la esperanza. Los más avisados saben que Jonas preconizó el “principio de la responsabilidad” para salvar los males del mundo. Este principio reza de la siguiente manera: “obren de tal manera que las acciones de su generación prevean las consecuencias para la generación venidera de modo que se evite

* S. J. Es licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el Instituto Libre de Filosofía, licenciado en Teología por el Colegio Máximo de Cristo Rey, maestro en Filosofía por la UIA y doctor en Filosofía por la UNAM. Ha sido maestro del Instituto Libre de Filosofía y Ciencias, A. C., Guadalajara, Jal. (1992-1997) y de la UIA, ciudad de México (1998-2003), donde a la fecha es vicerrector académico.

la catástrofe inminente”. Este principio no es de alcance sólo ecológico. El “efecto invernadero” es verdaderamente preocupante, y el “calentamiento global” tendría resultados desastrosos. Sin embargo, nuestro país está en un proceso de deshumanización y de descomposición tal que es reprochable permanecer indiferente ante los 50 mil asesinados en lo que va del sexenio de Calderón. La indiferencia frente a este problema va directamente en contra del principio de responsabilidad de Jonas. Hay que ser responsables de esto y también de las otras plagas endémicas de este país: la desigualdad, la miseria, el déficit democrático, la impunidad y la corrupción.

Ernst Bloch nos sugiere alimentar los “sueños diurnos” de modo que el “principio esperanza” nos haga diseñar utopías en un momento enemigo de las utopías, que es el tiempo actual llamado por algunos posmoderno. Muchos pensadores han abandonado el llamado “tiempo lineal”, el tiempo moderno, el tiempo que invitaba a la emancipación, por el “tiempo cíclico”, el tiempo posmoderno, el “eterno retorno” de todas las cosas y de todas las experiencias. Los más posmodernos hablan de vivir el presente como “tiempo de deseo”. Sugieren la “estetización general de la vida”. Optar por la responsabilidad no implica renunciar del todo al tiempo lineal, pero sí nos conmina a valorar utopías locales, o bien utopías operativas, proyectos de menor calado, alejados de las grandes narrativas o de los “metarrelatos lyotardianos”.

Las universidades confiadas a la Compañía de Jesús habrán de situarse, valientemente, ante el reto de la responsabilidad y de la esperanza en un México donde la violencia y la inseguridad han lastimado a todos los sectores de la población. Por fortuna, las universidades jesuitas del país, las del Sistema Universitario Jesuita (SUJ), cuentan con programas de responsabilidad social que asumen el reto de la responsabilidad y de la esperanza con imaginación y acierto. Algunas de ellas tienen programas de atención a migrantes, a indígenas y a otros grupos despro-

tegidos. Además, se han diseñado programas de derechos humanos, de género, de medio ambiente, etc. Sin embargo, es deseable que dichos programas complementen la visión asistencialista, siempre válida, sobre todo en un país como el nuestro con más de 50 millones de mexicanos en la pobreza, con la visión de compromiso social que implica asumir la dinámica de la denuncia y de la organización. Siempre será más fácil ser caritativo que ser justo. Lo nuestro es lo difícil.

Las universidades jesuitas realizan también enérgicas declaraciones y tomas de postura frente al entorno que las rodea. Los rectores y sus órganos directivos, a partir de un exhaustivo análisis de la realidad, discernen si procede un posicionamiento que censure lo que se considera que vulnera la dignidad humana.

El que nuestras universidades asuman el reto del compromiso social no significa optar por una noción instrumental de universidad. Las universidades no deben ser consideradas como medios para cuestionar el orden establecido. El compromiso social forma parte de sus funciones sustantivas pero no se debe considerar la educación de los estudiantes como un “mal menor” o como un fin secundario. La educación del estudiante —académica y valoral— tiene que ser emprendida con fe en que se puede lograr, realmente, la formación de “hombres y mujeres para y con los demás”.

Es verdad que la composición del estudiantado en nuestras universidades se carga del lado de los alumnos con recursos. Sin embargo, los programas de inclusión social al interior de ellas no deben reducirse sólo a aumentar el número de alumnos becados. La inclusión social tiene que ver con una formación valoral de todo el alumnado, que lleve a la toma de conciencia crítica y solidaria. De este modo, se puede presumir que entre nuestros egresados contamos con agentes multiplicadores del cambio social *whatever that means*.

Nuestras universidades deben asumir las funciones de toda institución de educación superior: facilitar de manera óptima la transmisión, la generación y la conservación del conocimiento. Pero lo habrán de hacer con su sello propio. La excelencia académica, que no está reñida con la exigencia académica, debe plasmarse en los procesos de transmisión de conocimiento en las aulas. Obviamente, se trata de un modo particular, el nuestro, de transmisión de conocimiento. Transmisión crítica del conocimiento en franca oposición a la “educación bancaria” tan cuestionada por Paulo Freire.

Hoy se ha puesto de moda, en nuestras instituciones, la formación en competencias. Debemos fomentar una formación en competencias que no devenga mero adiestramiento. No se trata de formar sólo para el mercado. Nos interesa que los muchachos adquieran las competencias operativas, profesionales y laborales de modo que puedan hacer frente a los requerimientos de los empleadores. Pero también nos interesan las competencias netamente académicas y sobre todo las competencias valorales, ignacianas o de formación integral. Estamos convencidos de que la adquisición de este último paquete de competencias no se opone a la formación académica y profesional, antes bien, robustece el proceso formativo.

La exigencia académica propia de nuestras instituciones respeta el *dictum* de Santo Tomás de Aquino: “misericordia sin justicia es disolución y justicia sin misericordia es crueldad”. Esto quiere decir que buscamos un equilibrio en la formación del estudiante de modo que antepongamos la ayuda y la cercanía a la hora de atender a los estudiantes con problemas de aprendizaje, pero también sabremos ver el agotamiento del proceso académico y educativo en los casos donde no se pudo más.

La generación del conocimiento es también un reto en nuestras universidades. La investigación debe tener pertinencia social, lo cual no significa que se descuiden los procesos de dictaminación externa que garan-

tizan que el proyecto y la línea de investigación es pujante en el terreno académico. Sin embargo, nuestras universidades deben destacarse por promover investigaciones con impacto social.

La conservación del conocimiento se torna hoy más necesaria que antes, pues no se trata sólo de contar con bibliotecas de altísimo prestigio como la Francisco Xavier Clavigero de la Universidad Iberoamericana, ciudad de México, sino de dar el salto hacia la digitalización del conocimiento. El libro digital se viene imponiendo lentamente y es necesario, hoy por hoy, conservar el conocimiento no sólo en el papel sino también en los medios electrónicos.

Lo que no hemos de olvidar es que estas tres funciones sustantivas de una universidad —la transmisión, la generación y la conservación del conocimiento— podrían abonar a favor de la responsabilidad y de la esperanza, quizá de manera indirecta. Lo importante es no perder de vista el enfoque en la formación de nuestros estudiantes.

La especificidad de una institución de educación superior confiada a la Compañía de Jesús seguirá fincándose en los procesos de discernimiento que son la herencia más preciada de San Ignacio de Loyola. Y si el discernimiento se entiende como “la osadía de dejarse llevar por el Espíritu”, luego entonces hemos de esperar gratas sorpresas en nuestras universidades, en el terreno de la imaginación y de la creatividad a favor de la responsabilidad y de la esperanza en el México de hoy.